

Juan Pablo II

SLAVORUM APOSTOLI

EN MEMORIA DE LA OBRA EVANGELIZADORA DE LOS SANTOS CIRILO Y METODIO DESPUES DE ONCE SIGLOS

Índice Geral

I. INTRODUCCIÓN

II. REFERENCIA BIOGRÁFICA

III. HERALDOS DEL EVANGELIO

IV. IMPLANTARON LA IGLESIA DE DIOS

V. SENTIDO CATÓLICO DE LA IGLESIA

VI. EVANGELIO Y CULTURA

**VII. SIGNIFICADO E IRRADIACIÓN DEL MILENIO
CRISTIANO EN EL MUNDO ESLAVO**

VIII. CONCLUSIÓN

NOTAS

▪ ***Indicaciones Anteriores***



Juan Pablo II

SLAVORUM APOSTOLI

EN MEMORIA DE LA OBRA EVANGELIZADORA DE LOS SANTOS CIRILO Y METODIO DESPUES DE ONCE SIGLOS

I. INTRODUCCIÓN

1. Los apóstoles de los Eslavos, santos Cirilo y Metodio, permanecen en la memoria de la Iglesia junto a la gran obra de evangelización que realizaron. Se puede afirmar más bien que su recuerdo se ha hecho particularmente vivo y actual en nuestros días.

Al considerar la veneración, plena de gratitud, de la que los santos hermanos de Salónica (la antigua Tesalónica) gozan desde hace siglos, especialmente en las naciones eslavas, y recordando la inestimable contribución dada por ellos a la obra del anuncio del Evangelio en aquellos pueblos y, al mismo tiempo, a la causa de la reconciliación, de la convivencia amistosa, del desarrollo humano y del respeto a la dignidad intrínseca de cada nación, con la Carta Apostólica Egregiae virtutis,[1] del 31 de diciembre de 1980, proclamé a los santos Cirilo y Metodio compatronos de Europa. Continué así la línea trazada por mis Predecesores y, de modo particular, por León XIII, quien hace algo más de 100 años, el 30 de septiembre de 1880, extendió a toda la Iglesia el culto de los dos santos con la Carta Encíclica Grande munus,[2] y por Pablo VI, quien, con la Carta Apostólica Pacis nuntius,[3] proclamó a San Benito, patrón de Europa, el 24 de octubre de 1964.

2. El documento de hace cinco años quería avivar la conciencia ante estos solemnes actos de la Iglesia e intentaba llamar la atención de los cristianos y de todos los hombres de buena voluntad, que buscan el bien, la concordia y la unidad de Europa, a la actualidad siempre viva de las eminentes figuras de Benito, de Cirilo y Metodio, como modelos concretos y ayuda espiritual para los cristianos de nuestra época y, especialmente, para las naciones del continente europeo, que, desde hace ya tiempo, sobre todo gracias a la oración y a la labor de estos santos, se han arraigado consciente y

originalmente en la Iglesia y en la tradición cristiana.

La publicación de mi citada Carta Apostólica, el año 1980, inspirada por la firme esperanza de una superación gradual en Europa y en el mundo de todo aquello que divide a las Iglesias, a las naciones y a los pueblos, se refería a tres circunstancias, que constituyeron objeto de mi oración y reflexión. La primera fue el XI centenario de la Carta pontificia *Industriae tuae*,^[4] mediante la cual Juan VIII, en el año 880, aprobó el uso de la lengua eslava en la liturgia traducida por los dos santos hermanos. La segunda estaba representada por el primer centenario de la ya mencionada Carta encíclica *Grande munus*. La tercera fue el comienzo, precisamente el año 1980, del feliz y prometedor diálogo teológico entre la Iglesia Católica y las Iglesias Ortodoxas en la isla de Patmos.

3. En este documento deseo hacer una mención particular de la citada Carta con la que León XIII quiso recordar a la Iglesia y al mundo los méritos apostólicos de ambos hermanos: no sólo de Metodio que, —según la tradición— terminó su vida en Velehrad, en la Gran Moravia el año 885, sino también de Cirilo, al que la muerte separó de su hermano el año 869 en Roma, ciudad que acogió y custodia todavía con conmovedora veneración sus reliquias en la antigua Basílica de san Clemente.

Al recordar la santa vida y los méritos apostólicos de los dos hermanos de Salónica, el papa León XIII fijó su fiesta litúrgica el día 7 de julio. Después del Concilio Vaticano II, como consecuencia de la reforma litúrgica, la fiesta fue trasladada al 14 de febrero, fecha que, desde el punto de vista histórico, indica el nacimiento al cielo de san Cirilo.^[5]

A más de un siglo de la publicación de la Carta de León XIII las nuevas circunstancias, en que se celebra el undécimo centenario de la gloriosa muerte de san Metodio, inducen a dar una renovada expresión al recuerdo que la Iglesia conserva de tan importante aniversario. Y se siente particularmente obligado a ello el primer Papa llamado a la sede de Pedro desde Polonia y, por lo tanto, de entre las naciones eslavas.

Los acontecimientos del último siglo y, especialmente, de los últimos decenios han contribuido a reavivar en la Iglesia, junto con el recuerdo religioso, el interés historicocultural por los dos santos

hermanos, cuyos carismas particulares se han hecho aún más inteligibles ante las situaciones y las experiencias propias de nuestra época. A ello han contribuido muchos hechos que pertenecen, como auténticos signos de los tiempos, a la historia del siglo xx y, ante todo, a aquel gran acontecimiento que se ha verificado en la vida de la Iglesia con el Concilio Vaticano II. A la luz del Magisterio y de la orientación pastoral de este Concilio, podemos volver a mirar de un modo nuevo —más maduro y profundo— a estas dos santas figuras, de las que nos separan ya once siglos, y leer, además, en su vida y actividad apostólica los contenidos que la sapiente Providencia divina inscribió para que se revelaran con nueva plenitud en nuestra época y dieran nuevos frutos.

▪ *Indicem*

▪ *Posteriorum*



II. REFERENCIA BIOGRÁFICA

4. Siguiendo el ejemplo ofrecido por la Carta Grande munus, deseo recordar la vida de San Metodio, sin omitir por esto las vicisitudes — que tan íntimamente le están unidas— de su hermano san Cirilo. Esto lo haré a grandes rasgos, dejando a la investigación histórica las precisiones y las discusiones sobre los puntos más concretos.

La ciudad, que vio nacer a los dos santos hermanos, es la actual Salónica, que en el siglo IX era un importante centro de vida comercial y política en el Imperio bizantino y ocupaba un lugar de notable importancia en la vida intelectual y social de aquella región de los Balcanes. Al estar situada en la frontera de los territorios eslavos, tenía por lo tanto un nombre eslavo: Solun.

Metodio era el hermano mayor y verosímilmente su nombre de pila era Miguel. Nace entre los años 815 y 820. Menor que él, Constantino —posteriormente más conocido con el nombre religioso de Cirilo— vino al mundo el año 827 u 828. Su padre era un alto funcionario de la administración imperial. La situación social de la familia abría a los dos hermanos una similar carrera, que, por lo demás, Metodio emprendió, alcanzando el cargo de arconte, o sea de gobernador en una de las provincias fronterizas, en la que vivían muchos eslavos. Sin embargo, hacia el año 840 la abandona para retirarse a uno de los monasterios situados en la falda del monte Olimpo —en Bitinia —, conocido entonces bajo el nombre de Sagrada Montaña.

Su hermano Cirilo siguió con particular provecho los estudios en Bizancio, donde recibió las órdenes sagradas, después de haber rechazado decididamente un brillante porvenir político. Por sus excepcionales cualidades y conocimientos culturales y religiosos le fueron confiadas, siendo todavía joven, delicadas tareas eclesiásticas, como la de bibliotecario del Archivo contiguo a la gran iglesia de santa Sofía en Constantinopla y, a la vez, el prestigioso cargo de secretario del Patriarca de aquella misma ciudad. Bien pronto, sin embargo, dio a conocer que quería substraerse a tales funciones, para dedicarse al estudio y a la vida contemplativa, lejos de toda ambición. Y así, se refugió a escondidas en un monasterio en las costas del Mar Negro. Encontrado seis meses más tarde, fue convencido a aceptar la enseñanza de las disciplinas filosóficas en la Escuela Superior de Constantinopla, ganándose por la calidad de

su saber el calificativo de Filósofo con el que todavía es conocido. Más tarde fue enviado por el Emperador y el Patriarca a realizar una misión ante los sarracenos. Finalizada con éxito dicha gestión, se retiró de la vida pública para reunirse con su hermano mayor Metodio y compartir con él la vida monástica. Pero nuevamente, y junto con él, fue incluido como experto religioso y cultural en una delegación de Bizancio enviada ante los Jázaros. Durante la permanencia en Crimea, en Cherson, creyeron localizar la iglesia en la que había sido sepultado antiguamente san Clemente, Papa romano y mártir exiliado en aquella lejana región; recogen y llevan consigo las reliquias,[6] que acompañarían después los dos santos hermanos en el sucesivo viaje misionero a Occidente, hasta el instante en que pudieran depositarlas solemnemente en Roma, entregándolas al papa Adriano II.

5. El hecho que debía decidir totalmente el curso de su vida, fue la petición hecha por el príncipe Rastislao de la Gran Moravia al Emperador Miguel III, para que enviara a sus pueblos «un Obispo y maestro, ... que fuera capaz de explicarles la verdadera fe cristiana en su lengua».[7]

Son elegidos los santos Cirilo y Metodio, que rápidamente aceptan la misión. Seguidamente se ponen en viaje y llegan a la Gran Moravia —un Estado formado entonces por diversos pueblos eslavos de Europa Central, encrucijada de las influencias recíprocas entre Oriente y Occidente— probablemente hacia el año 863 comenzando en aquellos pueblos la misión, a la que ambos se dedican durante el resto de su vida, pasada entre viajes, privaciones, sufrimientos, hostilidades y persecuciones, que en el caso de Metodio llegan hasta una cruel prisión. Soportan todo ello con una gran fe y firme esperanza en Dios. En efecto, se habían preparado bien a la tarea que les había sido encomendada; llevaban consigo los textos de la Sagrada Escritura indispensables para la celebración de la sagrada liturgia, preparados y traducidos por ellos mismos a la lengua paleoeslava y escritos con un nuevo alfabeto, elaborado por Constantino Filósofo y perfectamente adaptado a los sonidos de tal lengua. La actividad misionera de los dos hermanos estuvo acompañada por un éxito notable, pero también por las comprensibles dificultades que la precedente e inicial cristianización, llevada por las Iglesias latinas lindantes, ponía a los nuevos misioneros.

Después de unos tres años, en el viaje a Roma se detienen en Panonia, donde el príncipe eslavo Kocel —huido del importante centro civil y religioso de Nitra— les ofrece una hospitalaria acogida. Desde aquí, algunos meses más tarde, continúan el viaje a Roma en compañía de sus discípulos para quienes desean conseguir las órdenes sagradas. Su itinerario pasa por Venecia, donde son sometidas a público debate las premisas innovadoras de la misión que están realizando. En Roma el Papa Adriano II, que ha sucedido mientras tanto a Nicolás I, les acoge con mucha benevolencia. Aprueba los libros litúrgicos eslavos, que ordena depositar sobre el altar de la iglesia de Santa María ad Praesepe, llamada en la actualidad Santa María la Mayor, y dispone que sus discípulos sean ordenados sacerdotes. Esta fase de sus trabajos se concluye de un modo muy favorable. Metodio, sin embargo, debe continuar solo la etapa sucesiva, : pues su hermano menor, gravemente enfermo, apenas consigue emitir los votos religiosos y vestir el hábito monacal, pues muere poco tiempo después el 14 de febrero del 869 en Roma.

6. San Metodio fue fiel a las palabras que Cirilo le había dicho en su lecho de muerte: «He aquí, hermano, que hemos compartido la misma suerte ahondando el arado en el mismo surco; yo caigo ahora sobre el campo al término de mi jornada. Tú amas mucho —lo sé— tu Montaña; sin embargo, por la Montaña no abandones tu trabajo de enseñanza. En verdad, ¿dónde puedes salvarte mejor? [8]

Consagrado obispo para el territorio de la antigua diócesis de Panonia y nombrado legado pontificio «ad gentes» para los pueblos eslavos, toma el título eclesiástico de la restaurada sede episcopal de Sirmio. La actividad apostólica de Metodio se ve, sin embargo, interrumpida a consecuencia de complicaciones político religiosas que culminan con su encarcelamiento por un período de dos años, bajo la acusación de haber invadido una jurisdicción episcopal ajena. Es liberado sólo gracias a una intervención personal del papa Juan VIII. Finalmente, también el nuevo soberano de la Gran Moravia, el príncipe Svatopluk, se muestra contrario a la acción de Metodio, oponiéndose a la liturgia eslava e insinuando en Roma ciertas dudas sobre la ortodoxia del nuevo arzobispo. El año 880 Metodio es llamado ad limina Apostolorum, para presentar una vez más toda la cuestión personalmente a Juan VIII. En Roma, una vez absuelto de todas las acusaciones, obtiene del Papa la publicación de la bula *Industriae tuae*, [9] que, por lo menos en lo fundamental, restituía las prerrogativas reconocidas a la liturgia en lengua eslava

por su predecesor Adriano II.

Análogo reconocimiento de perfecta legitimidad y ortodoxia obtiene Metodio de parte del Emperador bizantino y del Patriarca Focio, en aquel momento en plena comunión con la sede de Roma, cuando va a Constantinopla el año 881 u 882. Dedicó los últimos años de su vida sobre todo a ulteriores traducciones de la Sagrada Escritura y de los libros litúrgicos, de las obras de los Padres de la Iglesia y también de una recopilación de las leyes eclesiásticas y civiles bizantinas, conocida bajo el nombre de Nomocanon. Preocupado por la supervivencia de la obra que había comenzado, designa como sucesor a su discípulo Gorazd. Muere el 6 de abril del año 885 al servicio de la Iglesia instaurada en los pueblos eslavos.

7. La acción previsor, la doctrina profunda y ortodoxa, el equilibrio, la lealtad, el celo apostólico, la magnanimidad intrépida le granjearon el reconocimiento y la confianza de Pontífices Romanos, de Patriarcas Constantinopolitanos, de Emperadores bizantinos y de diversos Príncipes de los nuevos pueblos eslavos. Por todo ello, Metodio llegó a ser el guía y el pastor legítimo de la Iglesia, que en aquella época se arraigaba en aquellas naciones y es unánimemente venerado, junto con su hermano Constantino, como el heraldo del Evangelio y el Maestro «de parte de Dios y del Santo Apóstol Pedro» [10] y como fundamento de la unidad plena entre las Iglesias de reciente fundación y las más antiguas.

Por esto «hombres y mujeres, humildes y poderosos, ricos y pobres, libres y siervos, viudas y huérfanos, extranjeros y gentes del lugar, sanos y enfermos» [11] formaban la muchedumbre que, entre lágrimas y cantos, acompañaban al sepulcro al buen Maestro y Pastor, que se había hecho «todo para todos para salvarlos a todos». [12]

En honor a la verdad, la obra de los santos hermanos, después de la muerte de Metodio sufrió una grave crisis, y la persecución contra sus discípulos se agudizó de tal modo, que se vieron obligados a abandonar su campo misional; no obstante esto, su siembra evangélica no cesó de producir frutos y su actitud pastoral, preocupada por llevar la verdad revelada a nuevos pueblos — respetando en todo momento su peculiaridad cultural—, sigue siendo un modelo vivo para la Iglesia y para los misioneros de todas las épocas.

▪ *Anteriorum*

▪ *Indicem*

▪ *Posteriorum*



III. HERALDOS DEL EVANGELIO

8. Los hermanos Cirilo y Metodio, bizantinos de cultura, supieron hacerse apóstoles de los eslavos en el pleno sentido de la palabra. La separación de la patria que Dios exige a veces a los hombres elegidos, aceptada por la fe en su promesa, es siempre una misteriosa y fecunda condición para el desarrollo y el crecimiento del Pueblo de Dios en la tierra. El Señor dijo a Abrahán: «Salte de tu tierra, de tu parentela, de la casa de tu padre, para la tierra que yo te indicaré; yo te haré un gran pueblo, te bendeciré y engrandeceré tu nombre, que será una bendición». [13]

Durante la visión nocturna que san Pablo tuvo en Tróade en el Asia Menor, un varón macedonio, por lo tanto un habitante del continente europeo, se presentó ante él y le suplicó que se dirigiera a su país para anunciarles la Palabra de Dios: «Pasa a Macedonia y ayúdanos». [14]

La divina Providencia, que en el caso de los dos santos hermanos se manifestó a través de la voz y la autoridad del Emperador de Bizancio y del Patriarca de la Iglesia de Constantinopla, les exhortó de una manera semejante, cuando les pidió que se dirigieran en misión a los pueblos eslavos. Este encargo significaba para ellos abandonar no sólo un puesto de honor, sino también la vida contemplativa; significaba salir del ámbito del Imperio bizantino y emprender una larga peregrinación al servicio del Evangelio, entre unos pueblos que, bajo muchos aspectos, estaban lejos del sistema de convivencia civil basado en una organización avanzada del Estado y la cultura refinada de Bizancio, imbuida por principios cristianos. Análoga pregunta hizo por tres veces el Pontífice Romano a Metodio, cuando le envió como obispo entre los eslavos de la Gran Moravia, en las regiones eclesiásticas de la antigua diócesis de Panonia.

9. La Vida eslava de Metodio recoge con estas palabras la petición, hecha por el príncipe Rastislao al Emperador Miguel III a través de sus enviados: «Han llegado hasta nosotros numerosos maestros cristianos de Italia, de Grecia y de Alemania, que nos instruyen de diversas maneras. Pero nosotros los eslavos... no tenemos a nadie que nos guíe a la verdad y nos instruya de un modo comprensible». [15] Entonces es cuando Constantino y Metodio fueron invitados a

partir. Su respuesta profundamente cristiana a la invitación, en esta circunstancia y en todas las demás ocasiones, está expresada admirablemente en las palabras dirigidas por Constantino al Emperador: «A pesar de estar cansado y físicamente débil, iré con alegría a aquel país»;

[16] «Yo marchó con alegría por la fe cristiana» , [17]

La verdad y la fuerza de su mandato misional nacían del interior del misterio de la Redención, y su obra evangelizadora entre los pueblos eslavos debía constituir un eslabón importante en la misión confiada por el Salvador a la Iglesia Universal hasta el fin del mundo. Fue una realidad —en el tiempo y en las circunstancias concretas— de las palabras de Cristo, que mediante el poder de su Cruz y de su Resurrección mandó a los Apóstoles: «Predicad el Evangelio a toda creatura» ; [18] «id pues; enseñad a todas las gentes» . [19]

Actuando así, los evangelizadores y maestros de los pueblos eslavos se dejaron guiar por el ideal apostólico de san Pablo: «Todos pues, sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. Porque cuantos en Cristo habéis sido bautizados, os habéis vestido de Cristo. No hay ya judío o griego, no hay siervo o libre, no hay varón o hembra, porque todos sois uno en Cristo Jesús». [20]

Junto a un gran respeto por las personas y a la desinteresada solicitud por su verdadero bien, los dos santos hermanos tuvieron adecuados recursos de energía, de prudencia, de celo y de caridad, indispensables para llevar a los futuros creyentes la luz, y para indicarles, al mismo tiempo, el bien, ofreciendo una ayuda concreta para conseguirlo. Para tal fin quisieron hacerse semejantes en todo a los que llevaban el evangelio; quisieron ser parte de aquellos pueblos y compartir en todo su suerte.

10. Precisamente por tal motivo consideraron una cosa normal tomar una posición clara en todos los conflictos, que entonces perturbaban las sociedades eslavas en vías de organización, asumiendo como suyas las dificultades y los problemas, inevitables en unos pueblos que defendían la propia identidad bajo la presión militar y cultural del nuevo Imperio romanogermánico, e intentaban rechazar aquellas formas de vida que consideraban extrañas. Era a la vez el comienzo de unas divergencias más profundas, destinadas desgraciadamente a acrecentarse, entre la cristiandad oriental y la occidental, y los dos santos misioneros se encontraron

personalmente implicados en ellas; pero supieron mantener siempre una recta ortodoxia y una atención coherente, tanto al depósito de la tradición como a las novedades del estilo de vida, propias de los pueblos evangelizados. A menudo las situaciones de contraste se impusieron con toda su ambigua y dolorosa complejidad; pero no por esto Constantino y Metodio intentaron apartarse de la prueba: la incomprensión, la manifiesta mala fe y, en el caso de Metodio, incluso las cadenas, aceptadas por amor de Cristo, no consiguieron hacer desistir a ninguno de los dos del tenaz propósito de ayudar y de servir a la justa causa de los pueblos eslavos y a la unidad de la Iglesia universal. Este fue el precio que debieron pagar por la causa de la difusión del Evangelio, por la empresa misionera, por la búsqueda esforzada de nuevas formas de vida y de vías eficaces con el fin de hacer llegar la Buena Nueva a las naciones eslavas que se estaban formando.

En la perspectiva de la evangelización —como indican sus biografías— los dos santos hermanos se dedicaron a la difícil tarea de traducir los textos de la Sagrada Escritura, conocidos por ellos en griego, a la lengua de aquella estirpe eslava que se había establecido hasta los confines de su región y de su ciudad natal. Sirviéndose del conocimiento de la propia lengua griega y de la propia cultura para esta obra ardua y singular, se prefijaron el cometido de comprender y penetrar la lengua, las costumbres y tradiciones propias de los pueblos eslavos, interpretando fielmente las aspiraciones y valores humanos que en ellos subsistían y se expresaban.

11. Para traducir las verdades evangélicas a una nueva lengua, ellos se preocuparon por conocer bien el mundo interior de aquellos a los que tenían intención de anunciar la Palabra de Dios con imágenes y conceptos que les resultaran familiares. Injertar correctamente las nociones de la Biblia y los conceptos de la teología griega en un contexto de experiencias históricas y de formas de pensar muy distintas, les pareció una condición indispensable para el éxito de su actividad misionera. Se trataba de un nuevo método de catequesis. Para defender su legitimidad y demostrar su bondad, san Metodio no dudó, primero con su hermano y luego solo, en acoger dócilmente las invitaciones a ir a Roma, recibidas tanto en el 867 del papa Nicolás I, como en el año 879 del papa Juan VIII, los cuales quisieron confrontar la doctrina que enseñaban en la Gran Moravia con la que los santos Apóstoles Pedro y Pablo habían dejado en la primera Cátedra episcopal de la Iglesia, junto con el trofeo glorioso de sus reliquias.

Anteriormente, Constantino y sus colaboradores se habían preocupado en crear un nuevo alfabeto, para que las verdades que había que anunciar y explicar pudieran ser escritas en la lengua eslava y resultaran de ese modo plenamente comprensibles y asimilables por sus destinatarios. Fue un esfuerzo verdaderamente digno de su espíritu misionero el de aprender la lengua y la mentalidad de los pueblos nuevos, a los que debían llevar la fe, como fue también ejemplar la determinación de asimilar y hacer propias todas las exigencias y aspiraciones de los pueblos eslavos. La opción generosa de identificarse con su misma vida y tradición, después de haberlas purificado e iluminado con la Revelación, hace de Cirilo y Metodio verdaderos modelos para todos los misioneros que en las diversas épocas han acogido la invitación de san Pablo de hacerse todo a todos para rescatar a todos y, en particular, para los misioneros que, desde la antigüedad hasta los tiempos modernos —desde Europa a Asia y hoy en todos los continentes— han trabajado para traducir a las lenguas vivas de los diversos pueblos la Biblia y los textos litúrgicos, a fin de reflejar en ellas la única Palabra de Dios, hecha accesible de este modo según las formas expresivas propias de cada civilización.

La perfecta comunión en el amor preserva a la Iglesia de cualquier forma de particularismo o de exclusivismo étnico o de prejuicio racial, así como de cualquier orgullo nacionalista. Tal comunión debe elevar y sublimar todo legítimo sentimiento puramente natural del corazón humano.

▪ *Anteriorum*

▪ *Indicam*

▪ *Posteriorum*



IV. IMPLANTARON LA IGLESIA DE DIOS

12. Pero la característica que, de manera especial, deseo subrayar en la conducta tenida por a los apóstoles de los eslavos, Cirilo y Metodio, es su modo pacífico de edificar la Iglesia, guiados por su visión de la Iglesia una, santa y universal.

Aunque los cristianos eslavos, más que otros, consideran de buen grado a los santos hermanos como «eslavos de corazón», éstos sin embargo siguen siendo hombres de cultura helénica y de formación bizantina, es decir, hombres que pertenecen en todo a la tradición del Oriente cristiano, tanto civil como eclesiástico.

Ya en sus tiempos las diferencias entre Constantinopla y Roma habían empezado a perfilarse como pretextos de desunión, aunque la deplorable escisión entre las dos partes de la misma cristiandad estaba aún lejana. Los evangelizadores y maestros de los eslavos se prepararon para ir a la Gran Moravia, llenos de toda la riqueza de la tradición y de la experiencia religiosa que caracterizaba el cristianismo oriental y que encontraba un reflejo peculiar en la enseñanza teológica y en la celebración de la sagrada liturgia.

Dado que desde ya hacía tiempo todos los oficios sagrados se celebraban en lengua griega en todas las Iglesias dentro de los confines del Imperio bizantino, las tradiciones propias de muchas Iglesias nacionales de Oriente —como la Georgiana y la Siríaca— que en el servicio divino usaban la lengua de su pueblo, eran bien conocidas a la cultura superior de Constantinopla y, especialmente, a Constantino Filósofo gracias a los estudios y a los contactos repetidos que había tenido con cristianos de aquellas Iglesias, tanto en la capital como en el curso de sus viajes.

Ambos hermanos, conscientes de la antigüedad y de la legitimidad de estas sagradas tradiciones, no tuvieron pues miedo de usar la lengua eslava en la liturgia, haciendo de ella un instrumento eficaz para acercar las verdades divinas a cuantos hablaban en esa lengua. Lo hicieron con una conciencia ajena a todo espíritu de superioridad o de dominio, por amor a la justicia y con evidente celo apostólico hacia unos pueblos que se estaban desarrollando.

El cristianismo occidental, después de las migraciones de los

pueblos nuevos, había amalgamado los grupos étnicos llegados con las poblaciones latinas residentes, extendiendo a todos, con la intención de unirlos, la lengua, la liturgia y la cultura latina transmitidas por la Iglesia de Roma. De la uniformidad así conseguida, se originaba en aquellas sociedades relativamente jóvenes y en plena expansión un sentimiento de fuerza y compactibilidad, que contribuía tanto a su unión más estrecha, como a su afirmación más enérgica en Europa. Se puede comprender cómo en esta situación toda diversidad fuera entendida a veces como amenaza a una unidad todavía infieri, y cómo pudiera resultar grande la tentación de eliminarla recurriendo a formas de coacción.

13. Resulta así singular y admirable, cómo los santos hermanos, actuando en situaciones tan complejas y precarias, no impusieran a los pueblos, cuya evangelización les encomendaron, ni siquiera la indiscutible superioridad de la lengua griega y de la cultura bizantina, o los usos y comportamientos de la sociedad más avanzada, en la que ellos habían crecido y que necesariamente seguían siendo para ellos familiares y queridos. Movidos por el ideal de unir en Cristo a los nuevos creyentes, adaptaron a la lengua eslava los textos ricos y refinados de la liturgia bizantina, y adecuaron a la mentalidad y a las costumbres de los nuevos pueblos las elaboraciones sutiles y complejas del derecho grecoromano. Siguiendo el mismo programa de concordia y paz, respetaron en todo momento las obligaciones de su misión, teniendo en cuenta las tradicionales prerrogativas y los derechos eclesiásticos fijados por los cánones conciliares, de tal modo —a pesar de ser súbditos del Imperio de Oriente y fieles sujetos al Patriarcado de Constantinopla — creyeron deber suyo dar cuenta al Romano Pontífice de su acción misionera y someter a su juicio, para obtener su aprobación, la doctrina que profesaban y enseñaban, los libros litúrgicos compuestos en lengua eslava y los métodos adoptados en la evangelización de aquellos pueblos.

Habiendo iniciado su misión por mandato de Constantinopla, ellos buscaron, en un cierto sentido, que la misma fuese confirmada dirigiéndose a la Sede Apostólica de Roma, centro visible de la unidad de la Iglesia. [21] De este modo, movidos por el sentido de su universalidad, edificaron la Iglesia como Iglesia una, santa, católica y apostólica. Esto se deduce, de la forma más transparente y explícita, de todo su comportamiento. Puede decirse que la invocación de Jesús en la oración sacerdotal —ut unum sint [22]—

representa su lema misionero según las palabras del Salmista: «Alabad a Yavé las gentes todas, alabadle todos los pueblos».[23] Para nosotros, hombres de hoy, su apostolado posee también la elocuencia de una llamada ecuménica: es una invitación a reconstruir, en la paz de la reconciliación, la unidad que fue gravemente resquebrajada en tiempos posteriores a los santos Cirilo y Metodio y, en primerísimo lugar, la unidad entre Oriente y Occidente.

La convicción de los santos hermanos de Salónica, según los cuales cada Iglesia local está llamada a enriquecer con sus propios dones el «pleroma» católico, estaba en perfecta armonía con su intuición evangélica de que las diferentes condiciones de vida de cada Iglesia cristiana nunca pueden justificar desacuerdos, discordias, rupturas en la profesión de la única fe y en la práctica de la caridad.

14. Se sabe que, según las enseñanzas del Concilio Vaticano II, «por "Movimiento ecuménico" se entienden las actividades e iniciativas que, según las variadas necesidades de la Iglesia y las características de la época, se suscitan y se ordenan a favorecer la unidad de los cristianos».[24] Por tanto, no parece nada anacrónico el ver en los santos Cirilo y Metodio a los auténticos precursores del ecumenismo, por haber querido eliminar o disminuir eficazmente toda verdadera división, o incluso sólo aparente, entre cada una de las Comunidades pertenecientes a la misma Iglesia. En efecto, la división, que por desgracia tuvo lugar en la historia de la Iglesia y desafortunadamente continúa todavía, «contradice abiertamente la voluntad de Cristo, es un escándalo para el mundo y daña a la causa santísima de la predicación del Evangelio a todos los hombres».[25]

La ferviente solicitud demostrada por ambos hermanos y, especialmente por Metodio, en razón de su responsabilidad episcopal, por conservar la unidad de la fe y del amor entre las Iglesias de las que eran miembros, es decir, la Iglesia de Constantinopla y la Iglesia Romana por una parte, y las Iglesias nacientes en tierras eslavas por otra, fue y será siempre su gran mérito. Este es tanto mayor, si se tiene presente que su misión se desarrolló en los años 863-885, es decir en los años críticos en los que surgió y empezó a hacerse más profunda la fatal discordia y la áspera controversia entre las Iglesias de Oriente y de Occidente. La división se acentuó por la cuestión de la dependencia canónica de Bulgaria, que precisamente entonces había aceptado oficialmente el

cristianismo.

En este período borrascoso, marcado también por conflictos armados entre pueblos cristianos limítrofes, los santos hermanos de Salónica conservaron una fidelidad total, llena de vigilancia, a la recta doctrina y a la tradición de la Iglesia perfectamente unida y, en particular, a las «instituciones divinas» y a las «instituciones eclesiásticas», [26] sobre las que, según los cánones de los antiguos Concilios, basaban su estructura y su organización. Esta fidelidad les permitió llevar a término los grandes objetivos misioneros y permanecer en plena unidad espiritual y canónica con la Iglesia Romana, con la Iglesia de Constantinopla y con las nuevas Iglesias, fundadas por ellos entre los pueblos eslavos.

15. Metodio, especialmente, no dudaba en afrontar incomprendiones, contrastes e incluso difamaciones y persecuciones físicas, con tal de no faltar a su ejemplar fidelidad eclesial, con tal de cumplir sus deberes de cristiano y de obispo, y los compromisos adquiridos ante la Iglesia de Bizancio, que lo había engendrado y enviado como misionero junto con Cirilo; ante la Iglesia de Roma, gracias a la cual desempeñaba su encargo de arzobispo pro fide en el «territorio de san Pedro»; [27] así como ante aquella Iglesia naciente en tierras eslavas, que él aceptó como propia y que supo defender — convencido de su justo derecho— ante las autoridades eclesiásticas y civiles, tutelando concretamente la liturgia en lengua paleoeslava y los derechos eclesiásticos fundamentales propios de las Iglesias en las diversas Naciones.

Obrando así, él recurría siempre, como Constantino Filósofo, al diálogo con los que eran contrarios a sus ideas o a sus iniciativas pastorales y ponían en duda su legitimidad. De este modo será siempre un maestro para todos aquellos que, en cualquier época, tratan de atenuar las discordias respetando la plenitud multiforme de la Iglesia, la cual, según la voluntad de su Fundador Jesucristo, debe ser siempre una, santa, católica y apostólica. Tal consigna encontró pleno eco en el Símbolo de los 150 Padres del II Concilio ecuménico de Constantinopla, lo cual constituye la intangible profesión de fe de todos los cristianos.

▪ *Anteriorum*

▪ *Indicam*

▪ *Posteriorum*



V. SENTIDO CATÓLICO DE LA IGLESIA

16. No es solamente el contenido evangélico de la doctrina anunciada por los santos Cirilo y Metodio lo que merece un particular relieve. Para la Iglesia de hoy es también muy expresivo e instructivo el método catequético y pastoral que ellos aplicaron en su actividad apostólica entre pueblos que todavía no habían visto celebrar los divinos Misterios en su lengua nativa, ni habían oído todavía anunciar la Palabra de Dios de una manera plenamente afín a su mentalidad y en el respeto de sus propias condiciones de vida.

Sabemos que el Concilio Vaticano II, hace veinte años, tuvo como objetivo principal el de despertar la autoconciencia de la Iglesia y, mediante su renovación interior, darle un nuevo impulso misionero en el anuncio del eterno mensaje de salvación, de paz y de reciproca concordia entre los pueblos y naciones, por encima de todas las fronteras que todavía dividen nuestro planeta destinado por voluntad de Dios creador y redentor, a ser morada común para toda la humanidad. Las amenazas, que en nuestros días se ciernen sobre el mundo, no pueden hacer olvidar la profética intuición del papa Juan XXIII, que convocó el Concilio con la intención y convicción de que con él se podría preparar e iniciar un período de primavera y resurgimiento en la vida de la Iglesia.

Y, en tema de universalidad, el mismo Concilio, entre otras cosas, se expresó así: «Todos los hombres están llamados a formar parte del nuevo Pueblo de Dios. Por lo cual, este pueblo, sin dejar de ser uno y único, debe extenderse a todo el mundo y en todos los tiempos, para así cumplir el designio de la voluntad de Dios, quien en un principio creó una sola naturaleza humana, y a sus hijos, que estaban dispersos, determinó luego congregarlos (cf. Jn 11, 52)... La Iglesia o el Pueblo de Dios, introduciendo este reino, no disminuye el bien temporal de ningún pueblo; antes, al contrario, fomenta y asume, y al asumirlas, las purifica, fortalece y eleva todas las capacidades y riquezas y costumbres de los pueblos en lo que tienen de bueno ... Este carácter de universalidad que distingue al Pueblo de Dios, es un don del mismo Señor ... En virtud de esta catolicidad, cada una de las partes colabora con sus dones propios con las restantes partes y con toda la Iglesia, de tal modo que el todo y cada una de las partes aumenten a causa de todos los que mutuamente se comunican y tienden a la plenitud en la unidad» .[28]

17. Podemos afirmar con toda tranquilidad que una visión así, tradicional y a la vez muy actual, de la catolicidad de la Iglesia — sentida como una sinfonía de las diversas liturgias en todas las lenguas del mundo, unidas a una única liturgia, o como un coro armonioso que, sostenido por las voces de inmensas multitudes de hombres, se eleva según innumerables modulaciones, timbres y acordes para la alabanza de Dios, desde cualquier punto de nuestro globo, en cada momento de la historia—, corresponde de modo particular a la visión teológico y pastoral que inspiró la obra apostólica y misionera de Constantino Filósofo y de Metodio, y favoreció su misión entre las naciones eslavas.

En Venecia, ante los representantes de la cultura eclesiástica que, apegados a un concepto más bien angosto de la realidad eclesial, eran contrarios a esta visión, san Cirilo la defendió con valentía, indicando el hecho de que muchos pueblos habían introducido ya en el pasado y poseían una liturgia escrita y celebrada en su propia lengua, como «los Armenios, Persas, Abasgos, Georgianos, Sugdos, Godos, Avares, Tirsos, Jázaros, Arabes, Coptos, Sirianos y otros muchos».[29]

Recordando que Dios hace salir el sol y hace caer la lluvia sobre todos los hombres sin excepción,[30] él decía: «¿no respiramos acaso todos el aire del mismo modo? Y vosotros no os avergonzáis de establecer sólo tres lenguas (hebreo, griego y latín) decidiendo que todos los demás pueblos y razas queden ciegos y sordos. Decidme: ¿defendéis esto, porque consideráis a Dios tan débil que no pueda concederlo, o tan envidioso, que no lo quiera?».[31] A las argumentaciones históricas y dialécticas que se le presentaban, el Santo respondía recurriendo al fundamento inspirado por la Sagrada Escritura: «Toda lengua confiese que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre» ;[32] «póstrese toda la tierra ante ti y entone salmos a tu nombre»:[33] «alabad a Yavé las gentes todas, alabadle todos los pueblos».[34]

18. La Iglesia es también católica porque sabe presentar en cada contexto humano la verdad revelada, custodiada intacta por ella en su contenido divino, de manera que se haga accesible a los modos de pensar elevados y a las justas aspiraciones de cada hombre y de cada pueblo. Por otra parte, todo el patrimonio de bien, que cada generación trasmite a la posteridad junto con el don inestimable de

la vida, constituye como una variopinta e inmensa cantidad de teselas que componen el vivo mosaico del Pantocrátor, el cual se manifestará en su total esplendor sólo en la parusía.

El Evangelio no lleva al empobrecimiento o desaparición de todo lo que cada hombre, pueblo y nación, y cada cultura en la historia, reconocen y realizan como bien, verdad y belleza. Es más, el Evangelio induce a asimilar y desarrollar todos estos valores, a vivirlos con magnanimidad y alegría y a completarlos con la misteriosa y sublime luz de la Revelación.

La dimensión concreta de la catolicidad, inscrita por Cristo el Señor en la constitución misma de la Iglesia, no es algo estático, fuera del dato histórico y de una uniformidad sin relieve, sino que surge y se desarrolla, en un cierto sentido, cotidianamente como una novedad a partir de la fe unánime de todos los que creen en Dios uno y trino, revelado por Jesucristo y predicado por la Iglesia con la fuerza del Espíritu Santo. Esta dimensión brota espontáneamente del recíproco respeto —propio de la caridad fraterna— hacia cada hombre y cada Nación, grande o pequeña, y por el reconocimiento leal de los atributos y derechos de los hermanos en la fe.

19. La catolicidad de la Iglesia se manifiesta también en la corresponsabilidad activa y en la colaboración generosa de todos en favor del bien común. La Iglesia realiza en todas partes su propia universalidad acogiendo, uniendo y elevando, en el modo en que le es propio y con solicitud maternal, todo valor humano auténtico. Al mismo tiempo, ella se afana, en cualquier área geográfica y en cualquier situación histórica, en ganar para Dios a cada hombre y a todos los , hombres, para unirlos entre sí y con EL en su verdad y en su amor.

Cada hombre, cada nación, cada cultura y civilización tienen una función propia que desarrollar y un puesto propio en el misterioso plan de Dios y en la historia universal de la salvación. Este era el modo de pensar de los dos santos hermanos: Dios «clemente y compasivo,[35] esperando que todos los hombres se arrepientan, para que todos sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad, [36] no permite que el género humano sucumba a la debilidad y perezca, cayendo en la tentación del enemigo, sino que en todos los años y tiempos no cesa de concedernos una gracia múltiple, desde el origen hasta hoy, del mismo modo: antes, por medio de los

patriarcas y de los padres y, después de ellos, por medio de los profetas; y más tarde por medio de los apóstoles y de los mártires, de los hombres justos y de los doctores, que El escogió de en medio de esta vida tempestuosa».[37]

20. EL mensaje evangélico, que los santos Cirilo y Metodio tradujeron para los pueblos eslavos, recogiendo sabiamente del tesoro de la Iglesia «cosas antiguas y nuevas», [38] fue transmitido mediante el anuncio y la catequesis en conformidad con las verdades eternas y adaptándolo, al mismo tiempo, a la situación histórica concreta. Gracias a los esfuerzos misioneros de ambos Santos, los pueblos eslavos pudieron, por primera vez, tomar conciencia de su propia vocación y participar en el designio eterno de salvación del mundo. Con esto reconocían también el propio papel en favor de toda la historia de la humanidad creada por Dios Padre, redimida por el Hijo Salvador e iluminada por el Espíritu Santo. Gracias a este anuncio, aprobado en su tiempo por las autoridades de la Iglesia —los Obispos de Roma y los Patriarcas de Constantinopla— los eslavos pudieron sentirse, junto con las otras naciones de la tierra, descendientes y herederos de la promesa hecha por Dios a Abrahán.[39] De este modo, y gracias a la organización eclesiástica creada por san Metodio y a la conciencia de la propia identidad cristiana, ellos ocuparon el lugar que les estaba destinado en la Iglesia, establecida también ya en aquella parte de Europa. Por ello, sus actuales descendientes conservan un recuerdo grato e imperecedero de aquél que vino a ser el eslabón que los une a la cadena de los grandes heraldos de la divina Revelación del Antiguo y del Nuevo Testamento: «Después de todos éstos, en nuestros tiempos, Dios misericordioso suscitó para la buena empresa en favor de nuestro pueblo —de quien antes nadie se había preocupado—, a nuestro maestro el bienaventurado Metodio, cuyas virtudes y luchas nosotros las comparamos una por una y son sonrojarnos, a las de tales hombres gratos a Dios».[40]

▪ *Anteriorum*

▪ *Indicem*

▪ *Posteriorum*



VI. EVANGELIO Y CULTURA

21. Los hermanos de Salónica eran herederos no sólo de la fe, sino también de la cultura de la antigua Grecia, continuada por Bizancio. Todos saben la importancia que esta herencia tiene para toda la cultura europea y, directa o indirectamente, para la cultura universal. En la obra de evangelización que ellos llevaron a cabo como pioneros en los territorios habitados por los pueblos eslavos, está contenido, al mismo tiempo, un modelo de lo que hoy lleva el nombre de «inculturación» —encarnación del evangelio en las culturas autóctonas— y , a la vez , la introducción de éstas en la vida de la Iglesia.

Al encarnarse el Evangelio en la peculiar cultura de los pueblos que evangelizaban, los santos Cirilo y Metodio tuvieron un mérito particular en la formación y desarrollo de aquella misma cultura, o mejor, de muchas culturas. En efecto, todas las culturas de las naciones eslavas deben el propio «comienzo» o desarrollo a la obra de los hermanos de Salónica. Ellos, con la creación, original y genial, de un alfabeto para la lengua eslava, dieron una contribución fundamental a la cultura y a la literatura de todas las naciones eslavas.

Además, la traducción de los libros sagrados realizada por Cirilo y Metodio, junto con sus discípulos, confirió capacidad y dignidad cultural a la lengua litúrgica paleoeslava, que, vino a ser durante largos siglos no sólo la lengua eclesiástica, sino también la oficial y literaria, e incluso la lengua común de las clases más cultas en la mayor parte de las naciones eslavas y, en concreto, de todos los eslavos de rito oriental. Dicha lengua se usaba también en la Iglesia de la Santa Cruz, de Cracovia, en la que se habían establecido los Benedictinos eslavos. Aquí se publicaron los primeros libros litúrgicos impresos en esta lengua. Hasta el día de hoy es ésta la lengua usada en la liturgia bizantina de las Iglesia Orientales eslavas de rito constantinopolitano, tanto Católicas como Ortodoxas, en Europa oriental y sudoriental, así como en diversos Países de Europa occidental; es también usada en la liturgia romana de los católicos de Croacia.

22. En el desarrollo histórico de los eslavos de rito oriental, dicha lengua tuvo un papel similar al de la lengua latina en Occidente;

además ella se ha conservado durante largo tiempo —en parte hasta el siglo XIX— y ha ejercido un influjo mucho más directo en la formación de las lenguas nativas literarias gracias a la estrecha relación de parentesco con ellas.

Estos méritos en favor de la cultura de todos los pueblos y de todas las naciones eslavas, hacen que la obra de evangelización realizada por los santos Cirilo y Metodio esté, en cierto sentido, constantemente presente en la historia y en la vida de estos pueblos y de estas naciones.

▪ *Anteriorum*

▪ *Indicem*

▪ *Posteriorum*



VII. SIGNIFICADO E IRRADIACIÓN DEL MILENIO CRISTIANO EN EL MUNDO ESLAVO

23. La actividad apostólico-misionera de los santos Cirilo y Metodio, que se sitúa en la segunda mitad del siglo IX, puede considerarse como la primera evangelización efectiva de los eslavos.

Esta actividad alcanzó, de diversa manera, a cada uno de los territorios, concentrándose principalmente en los de la Gran Moravia de entonces. Ante todo, abarcó las regiones de la metrópoli, cuyo pastor era Metodio, esto es, Moravia, Eslovaquia y Panonia, en suma, una parte de la actual Hungría. En el marco del influjo más vasto ejercido por esta actividad apostólica —en especial por parte de los misioneros preparados por Metodio— se encontraron los otros grupos de eslavos occidentales, sobre todo, los de Bohemia. El primer príncipe histórico de Bohemia, de la dinastía de los Premyslidi, Bozyvoj (Borivoj), fue bautizado probablemente según el rito eslavo. Más tarde este influjo llegó hasta las tribus serviolusacianas, así como a los territorios de la Polonia meridional. Sin embargo, desde el momento de la caída de la Gran Moravia (905-906 aproximadamente), a este rito le sustituyó el rito latino y Bohemia fue puesta eclesiásticamente bajo la jurisdicción del Obispo de Ratisbona y la metrópoli de Salzburgo. Mas, es digno de atención el hecho de que aún a mediados del siglo X, en tiempos de san Wenceslao, existía una compenetración recíproca de elementos de ambos ritos con una avanzada simbiosis de las dos lenguas usadas en la liturgia: la lengua eslava y la lengua latina. Por lo demás, no era posible la cristianización del pueblo sin servirse de la lengua nativa. Solamente sobre esta base pudo desarrollarse la terminología cristiana en Bohemia y de aquí, sucesivamente, desarrollarse y consolidarse la terminología eclesiástica en Polonia. La referencia sobre el príncipe de los Vislanos en la Vida de Metodio es la alusión histórica más antigua relativa a una de las tribus polacas.^[41] Faltan datos suficientes para poder relacionar con esta noticia la institución de una organización eclesiástica de rito eslavo en las tierras polacas.

24. El bautismo de Polonia en el año 966, en la persona del primer soberano histórico Mieszko, que se casó con la princesa bohema Dubravka) tuvo lugar principalmente por medio de la Iglesia bohema y, por medio de ella, el cristianismo se introdujo en Polonia desde

Roma en la forma latina. De todas maneras, subsiste el hecho de que los orígenes del cristianismo en Polonia se conectan de algún modo con la obra de los hermanos que partieron de la lejana Salónica. Entre los eslavos de la península Balcánica, la solicitud de los santos hermanos fructificó de modo aún más visible. Gracias a su apostolado, se consolidó el cristianismo, radicado desde hacía tiempo en Croacia.

Principalmente a través de los discípulos, expulsados del primer terreno de actividad, la misión cirilo-metodiana se consolidó y desarrolló maravillosamente en Bulgaria. Aquí, gracias a san Clemente de Ojrid, surgieron centros dinámicos de vida monástica, y aquí tuvo un desarrollo particular el alfabeto cirílico. Desde aquí el cristianismo pasó también a otros territorios hasta llegar, a través de la vecina Rumania, a la antigua Rus' de Kiev y extenderse luego desde Moscú hacia el Oriente. Dentro de algunos años — precisamente en el 1988— se cumplirá el milenario del bautismo de san Vladimiro el Grande, príncipe de Kiev.

25 Justamente, por tanto, los santos Cirilo y Metodio fueron muy pronto reconocidos por la familia de los pueblos eslavos como padres, tanto de su cristianismo como de su cultura. En muchos de los territorios ya mencionados, si bien habían sido visitados por diversos misioneros, la mayoría de la población eslava conservaba, todavía en el siglo IX, costumbres y creencias paganas. Solamente en el terreno cultivado por nuestros santos, o al menos preparado por ellos para su cultivo, el cristianismo entró de modo definitivo en la historia de los eslavos durante el siglo siguiente.

Su obra constituye una contribución eminente para la formación de las comunes raíces cristianas de Europa; raíces que, por su solidez y vitalidad, constituyen uno de los más firmes puntos de referencia del que no puede prescindir todo intento serio por recomponer de modo nuevo y actual la unidad del continente.

Después de once siglos de cristianismo entre los eslavos, constatamos que el legado de los hermanos de Salónica es y sigue siendo para dichos pueblos más profundo y serio que cualquier división. Ambas tradiciones cristianas —la oriental que viene de Constantinopla y la occidental que viene de Roma— surgieron en el seno de la única Iglesia, aunque sobre el entramado de culturas diversas y con una óptica distinta respecto a los mismos problemas. Tal diversidad, cuando sea bien comprendido su origen y

convenientemente ponderados su valor y significado, no hará sino enriquecer tanto la cultura de Europa como su tradición religiosa, y convertirse, de esta manera, en una base adecuada para su deseada renovación espiritual.

26. Desde el siglo ix, cuando en la Europa cristiana se estaba delineando un sistema nuevo, los santos Cirilo y Metodio nos proponen un mensaje que se manifiesta de gran actualidad para nuestra época la cual, precisamente por razón de tantos y tan complejos problemas de orden religioso y cultural, civil e internacional, busca una unidad vital en la real comunión de sus diversas componentes. De los dos evangelizadores se puede afirmar que una característica suya fue el amor a la comunión de la Iglesia universal tanto en Oriente como en Occidente y, dentro de ella, a la Iglesia particular que estaba naciendo en las naciones eslavas. De ellos procede, también para los cristianos y hombres de nuestro tiempo, la invitación a construir juntos la comunión.

Pero es en el terreno específico de la actividad misionera donde destaca todavía más el ejemplo de Cirilo y Metodio. En efecto, dicha actividad es tarea esencial de la Iglesia y es en nuestros días urgente en la forma ya mencionada de la «inculturación». Los dos hermanos no sólo desarrollaron su misión respetando plenamente la cultura existente entre los pueblos eslavos, sino que, junto con la religión, la promovieron y acrecentaron de forma eminente e incesante De modo análogo, en nuestros días, las Iglesias de antigua fundación pueden y deben ayudar a las Iglesia y a los pueblos jóvenes a madurar en su propia identidad y a progresar en ella.[42]

27. Cirilo y Metodio son como los eslabones de unión, o como un puente espiritual, entre la tradición oriental y la occidental, que confluyen en la única gran tradición de la Iglesia universal. Para nosotros son paladines y a la vez patronos en el esfuerzo ecuménico de las Iglesias hermanas de Oriente y Occidente para volver a encontrar, mediante el diálogo y la oración, la unidad visible en la comunión perfecta y total; «unión que —como dije durante mi visita a Bari— no es absorción ni tampoco fusión».[43] La unidad es el encuentro en la verdad y en el amor que nos han sido dados por el Espíritu. Cirilo y Metodio, en su personalidad y en su obra, son figuras que despiertan en todos los cristianos una gran «nostalgia por la unión» y por la unidad entre las dos Iglesias hermanas de

Oriente y Occidente.[44] Para la plena catolicidad, cada nación y cada cultura tienen un papel propio que desarrollar en el plan universal de salvación. Cada tradición particular, cada Iglesia local, debe permanecer abierta y atenta a las otras Iglesias y tradiciones y, al mismo tiempo, a la comunión universal y católica; si permaneciese cerrada en sí misma, correría el peligro de empobrecerse también ella.

En la actuación del propio carisma, Cirilo y Metodio dieron una contribución decisiva a la construcción de Europa, no sólo en la comunión religiosa cristiana, sino también con miras a su unión civil y cultural. Ni aún hoy existe otra vía para superar las tensiones y reparar las rupturas y antagonismos existentes, tanto en Europa como en el mundo, los cuales amenazan con provocar una espantosa destrucción de vida y de valores. Ser cristiano en nuestro tiempo significa ser artífice de comunión en la Iglesia y en la sociedad. A tal fin ayudan un espíritu abierto hacia los hermanos, la mutua comprensión y la prontitud en la cooperación mediante un generoso intercambio de los bienes culturales y espirituales.

En efecto, una de las aspiraciones fundamentales de la humanidad actual es la de volver a encontrar la unidad y la comunión para una vida verdaderamente digna del hombre a nivel mundial. La Iglesia, consciente de ser signo y sacramento universal de salvación y de unidad del género humano, está dispuesta a desempeñar este deber suyo, «que las condiciones de nuestra época hacen más urgente» , para que «todos los hombres, que hoy están más íntimamente unidos por múltiples vínculos sociales, técnicos y culturales, consigan también la unidad completa en Cristo».[45]

▪ *Anteriorum*

▪ *Indicem*

▪ *Posteriorum*



VIII. CONCLUSIÓN

28. Conviene, por tanto, que toda la Iglesia celebre con solemnidad y alegría los once siglos transcurridos desde la conclusión de la obra apostólica del primer arzobispo ordenado en Roma para los pueblos eslavos, Metodio, y de su hermano Cirilo, al recordar el ingreso de estos pueblos en la escena de la historia de la salvación y en el número de las naciones europeas que, desde los siglos precedentes, habían acogido el mensaje evangélico. Todos pueden comprender con qué profundo gozo desea participar en esta celebración el primer hijo de la estirpe eslava, llamado, después de casi dos milenios, a ocupar la sede episcopal de San Pedro en esta ciudad de Roma.

29. «En tus manos entrego mi espíritu». Nosotros saludamos el undécimo centenario de la muerte de san Metodio con las mismas palabras que —de acuerdo a cuanto se narra en su Vida, escrita en lengua paleoeslava [46]— fueron pronunciadas por él antes de morir, mientras estaba ya para unirse con sus padres en la fe, en la esperanza y en la caridad: a los patriarcas, profetas, apóstoles, doctores y mártires. Con el testimonio de la palabra y de la vida, sostenidas por el carisma del Espíritu, él dio ejemplo de una vocación fecunda tanto al siglo en que vivió como a los siglos posteriores y, de modo particular, a nuestros días.

Su glorioso «tránsito» en la primavera del año 885 de la Encarnación de Cristo (y según el cómputo bizantino del tiempo, en el año 6393 de la creación del mundo) tuvo lugar en un período en que inquietantes nubes se cernían sobre Constantinopla y tensiones hostiles amenazaban cada vez más la tranquilidad y la vida de las naciones, e incluso los sagrados vínculos de fraternidad cristiana y de comunión entre las Iglesias de Oriente y Occidente.

En su Catedral, rebosante de fieles de diversas estirpes, los discípulos de san Metodio tributaron un solemne homenaje al difunto pastor por el mensaje de salvación, de paz y de reconciliación que había llevado y al que había dedicado toda su vida: «Celebraron un oficio sagrado en latín, griego y eslavo», [47] adorando a Dios y venerando al primer arzobispo de la Iglesia fundada por él entre los eslavos, a quienes había anunciado el Evangelio junto con su hermano, en su propia lengua. Esta Iglesia se

consolidó aún más cuando, por explícito consentimiento del Papa, recibió una jerarquía autóctona, radicada en la sucesión apostólica y enlazada en la unidad de fe y de amor tanto con la Iglesia de Roma como con la de Constantinopla , donde la misión eslava se había iniciado.

Al cumplirse once siglos de su muerte, deseo estar presente, al menos espiritualmente, en Velehrad donde —como parece— la divina Providencia permitió a Metodio concluir su vida apostólica:

—deseo también detenerme en la Basílica de san Clemente en Roma, donde fue sepultado san Cirilo; —y ante las tumbas de ambos hermanos, apóstoles de los eslavos, deseo encomendar a la Santísima Trinidad su herencia espiritual con una oración especial.

30. «En tus manos entrego ...».

Oh Dios grande, uno en la Trinidad, yo te entrego el legado de la fe de las naciones eslavas: conserva y bendice esta obra tuya.

Recuerda, Padre todopoderoso, el momento en el que, según tu voluntad, llegó a estos pueblos y naciones la «plenitud de los tiempos» y los santos misioneros de Salónica cumplieron el mandato que tu Hijo Jesucristo había dirigido a sus Apóstoles; siguiendo sus huellas y las de sus sucesores llevaron a las tierras habitadas por los eslavos la luz del Evangelio, la Buena Nueva de la salvación y ante ellos dieron testimonio de

**—que Tú
eres
Creador del
hombre,
que eres
Padre y que
en Ti todos
los
hombres
somos
hermanos;**

**—que por
medio de tu**

**Hijo,
Palabra
eterna, has
dado la
existencia a
todas las
cosas y has
llamado a
los
hombres a
participar
de tu vida
que no
tiene fin;**

**—que has
amado
tanto al
mundo que
le has
entregado
como don a
tu Hijo
unigénito,
que por
nosotros
los
hombres y
por nuestra
salvación,
bajó del
cielo y por
obra del
Espíritu
Santo se
encarnó de
la Virgen
María y se
hizo
hombre;**

**—que,
finalmente,**

**enviaste al
Espíritu de
poder y de
consuelo
para que
todo
hombre,
redimido
por Cristo,
pudiese
recibir en él
la dignidad
de hijo y
llegar a ser
coheredero
de las
indefectibles
promesas
hechas por
Ti a la
humanidad.**

Tu plan creador, oh Padre, culminado en la Redención, implica al hombre viviente y abarca toda su vida y la historia de los pueblos.

Escucha, oh Padre, lo que hoy te implora toda la Iglesia y haz que los hombres y las naciones que, gracias a la misión apostólica de los santos hermanos de Salónica, te conocieron y te recibieron a Ti, Dios verdadero, y mediante el Bautismo entraron en la comunidad de tus hijos, puedan seguir todavía acogiendo, sin obstáculos, con entusiasmo y confianza este programa evangélico, realizando todas sus posibilidades humanas sobre el fundamento de sus enseñanzas.

—Que
puedan
seguir ellos,
conforme a
su propia
conciencia,
la voz de tu
llamada a lo
largo del
camino que
les fue
indicado por
primera vez
hace once
siglos.

—Que el
hecho de
pertenecer al
Reino de tu
Hijo jamás
sea
considerado
por nadie en
contraste
con el bien
de su patria
terrena.

—Que en la
vida privada
y en la vida
pública
puedan darte
la alabanza
debida.

—Que
puedan vivir
en la verdad,
en la caridad,
en la justicia
y en el gozo

**de la paz
mesiánica
que llega a
los
corazones
humanos, a
las
comunidades,
a la tierra y al
mundo
entero.**

**—Que,
conscientes
de su
dignidad de
hombres y
de hijos de
Dios, puedan
tener la
fuerza para
superar todo
odio y para
vencer el mal
con el bien.**

Y concede también a toda Europa, oh Trinidad Santísima, por intercesión de los dos santos hermanos, que sienta cada vez más la exigencia de la unidad religioso-cristiana y la comunión fraterna de todos sus pueblos, de tal manera que, superada la incomprensión y la desconfianza recíprocas, y vencidos los conflictos ideológicos por la común conciencia de la verdad, pueda ser para el mundo entero un ejemplo de convivencia justa y pacífica en el respeto mutuo y en la inviolable libertad.

31. A Ti, pues, Dios Padre todopoderoso Dios Hijo que has redimido al mundo, Dios Espíritu Santo que eres fundamento y maestro de toda santidad, deseo encomendarte la Iglesia entera de ayer, de hoy y de mañana; la Iglesia que está en Europa y que está extendida por toda la tierra.

En tus manos pongo esta riqueza singular compuesta de tantos dones diversos, antiguos y nuevos que forman el tesoro común de tantos hijos diversos.

Toda la Iglesia te da gracias a Ti, que llamaste a las naciones eslavas a la comunión de la fe por la herencia y por la contribución dada al patrimonio universal. Te da gracias por esto, de modo particular, el Papa de origen eslavo. Que esta contribución no cese jamás de enriquecer a la Iglesia, al continente europeo y al mundo entero. Que no se debilite en Europa y en el mundo de hoy. Que no falte en la conciencia de nuestros contemporáneos. Deseamos acoger íntegramente todo aquello que, de original y válido, las naciones eslavas han dado y siguen dando al patrimonio espiritual de la Iglesia y de la humanidad. Toda la Iglesia, consciente de su riqueza común, profesa su solidaridad espiritual con ellos y reafirma su propia responsabilidad hacia el Evangelio, por la obra de salvación que es llamada a realizar también hoy en todo el mundo, hasta los confines de la tierra. Es indispensable remontarse al pasado para comprender, bajo su luz, la realidad actual y vislumbrar el mañana. La misión de la Iglesia, en efecto, está siempre orientada y encaminada con indefectible esperanza hacia el futuro.

32. ¡El futuro! Por más que pueda aparecer humanamente grávido de amenazas e incertidumbres, lo ponemos con confianza en tus manos, Padre celestial, invocando la intercesión de la Madre de tu Hijo y Madre de la Iglesia; y también la de tus Apóstoles Pedro y Pablo y la de los santos Benito, Cirilo y Metodio, la de Agustín y Bonifacio, y la de todos los evangelizadores de Europa, los cuales, fuertes en la fe, en la esperanza y en la caridad, anunciaron a nuestros padres tu salvación y tu paz; y con los trabajos de su siembra espiritual comenzaron la construcción de la civilización del amor, el nuevo orden basado en tu santa ley y en el auxilio de tu gracia, que al final de los tiempos vivificará todo y a todos en la Jerusalén celestial. Amén.

A todos vosotros, amadísimos hermanos, mi Bendición Apostólica.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el día 2 de Junio, solemnidad de la Santísima Trinidad, del año 1985, séptimo de mi Pontificado.

▪ *Anteriorum*

▪ *Indicem*

▪ *Posteriorum*



NOTAS

[1] Juan Pablo II, Carta Apostólica *Egregiae virtutis* (31 de diciembre de 1980) AAS 73 (1981), pp. 258-262.

[2] León XIII, Carta Encíclica *Grande munus* (30 de septiembre de 1880): *Leonis XIII Pont. Max. Acta*, II, pp. 125-137; cf. también Pío XI, Carta *Quod S. Ciryllum* (13 de febrero de 1927) a los Arzobispos y Obispos del Reino de los Servios-Croatas-Eslovenos y de la República Checoeslovaca: AAS 19 (1927), pp. 93-96; Juan XXIII, Carta Apostólica *Magnifici eventus* (11 de mayo de 1963) a los Obispos de las Naciones Eslavas: AAS 55 (1963), pp. 434-439; Pablo VI, Carta Apostólica *Antiquae nobilitatis* (2 de febrero de 1969), con ocasión del XI centenario de la muerte de san Cirilo: AAS 61 (1969), pp. 137-149.

[3] Pablo VI, Carta Apostólica *Pacis nuntius* (24 de octubre de 1964): AAS 56 (1964), pp. 965-967.

[4] Cf. *Magnae Moraviae Fontes Historici*, t. III, Brno 1969, pp. 197-208.

[5] Únicamente en algunas naciones eslavas se celebra todavía la fiesta del 7 de julio.

[6] Cf. *Vita Constantini VIII*, 16-18: *Constantinus et Methodius Thessalonicenses, Fontes, recensuerunt et illustraverunt Fr. Grivec et Fr. Tomšić* (Radovi Staroslavenskog Instituta, Knjiga 4, Zagreb 1960), p. 184.

[7] Cf. *Ibid.* XIV, 2-4; ed. cit., pp. 199 s.

[8] *Vita Methodii VI*, 2-3: ed. cit., p. 225.

[9] Cf. *Magnae Moraviae Fontes Historici*, t. III, Brno 1969, pp. 197-208.

[10] Cf. *Vita Methodii VIII*, 1-2: ed. cit., p. 225.

[11] Cf. Vita Methodii XVII, 13: ed. cit., p. 237.

[12] Cf. Ibid. y 1Cor 9, 22.

[13] Gén 12, 1 s.

[14] Act 16, 9.

[15] Vita Methodii V, 2: ed. cit., p. 223.

[16] Vita Constantini XIV, 9: ed. cit., p. 200.

[17] Ibid. VI, 7: ed. cit., p. 179.

[18] Mc 16, 15.

[19] Mt 28, 19.

[20] Gál 3, 26-28.

[21] Los sucesores del Papa Nicolás I, aunque preocupados por las informaciones contradictorias que llegaban sobre la doctrina y la actuación de Cirilo y Metodio, en el encuentro directo con ellos dieron plena razón a los dos hermanos. Las prohibiciones o las limitaciones en el uso de la nueva liturgia eslava deben atribuirse más bien a la presión de las circunstancias, a las mudables relaciones políticas y a la necesidad de mantener la concordia.

[22] Jn 17, 21 s.

[23] Sal 117 [116], 1.

[24] Decr. Unitatis redintegratio, sobre el ecumenismo, 4.

[25] Ibid., 1.

[26] Cf. Vita Methodii IX, 3; VIII, 16: ed. cit., pp. 229; 228.

[27] Cf. Vita Methodii IX, 2:ed. cit., pp. 229.

[28] Conc. Ecum. Vatic. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 13.

[29] *Vita Constantini XVI*, 8: ed. cit., p. 205.

[30] Cf. Mt 5, 45.

[31] *Vita Constantini XVI*, 4-6: ed. cit., p. 205

[32] *Ibid. XVI*, 58: ed. cit., p. 208; Flp 2, 11.

[33] *Vita Constantini XVI*, 12: ed. cit., p. 206, Sal 66 [65], 4.

[34] *Ibid. XVI*, 13: ed. cit., p. 206; Sal 117 [116], 1.

[35] Cf. Sal 112 [111], 4; Jl 2, 13.

[36] Cf. 1 Tim 2, 4.

[37] *Vita Constantini I*, 1: ed. cit., p. 169.

[38] Cf. Mt 13, 52.

[39] Cf. Gén 15, 1-21.

[40] *Vita Methodii II*, 1: ed. cit., pp. 220 s.

[41] Cf. *Vita Methodii XI*, 2-3: ed. cit., p. 231.

[42] Cf. Conc. Ecum. Vatic. II, Decreto *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, 38.

[43] Juan Pablo II, Discurso en el encuentro ecuménico en la basílica de San Nicolás de Bari (26 de febrero de 1984), 2: *L'Osservatore Romano*, edic. en lengua española 11 de marzo de 1984, p. 19.

[44] *Ibid.*, p. 19.

[45] Conc. Ecum. Vatic. II, Constitución dogmática *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 1.

[46] Cf. *Vita Methodii XVII*, 9-10: ed. cit., p. 237; Lc 23, 46; Sal 31 [30], 6.

[47] *Vita Methodii XVII*, 11: ed. cit., p. 237.

▪ *Autoritates*

▪ *Indices*